

# «Una puerta hacia un destino propio»

Giuliana Zapata

Buenos Aires, Argentina

A los 12 años cruzaba en bicicleta unas 12 cuadras de mi barrio del conurbano bonaerense que, como muchos, tenía en promedio a sus jóvenes metidos en drogas y delincuencia, a chicas festejando bautismos en lugar de sus fiestas de quince, y pobreza, pobreza siempre en el aire. Yo cruzaba esas 12 cuadras en mi bicicleta para ir al ciber, fantasear que esa era mi computadora por una hora, entrar a foros de Harry Potter para poder conversar con otros fanáticos sobre hechizos y personajes favoritos, y descubrir otros mundos distintos al mío. No los mundos mágicos de la historia, sino mundos reales, pero lejos de la realidad que me acechaba.

Blogs, escritores, periodismo digital, páginas webs, los primeros videos tutoriales... me llevaban bien lejos del barrio y me paseaban por una feria creativa de posibilidades. Esas horas de ciber soplaron sutil pero tenazmente el curso de mi destino. Años más tarde les dije a mis papás que iba a estudiar la —aún para ellos— indecifrible carrera de comunicación; y otros tantos años después, con la explosión de los tutoriales en Youtube, comenzaba un camino laboral audaz e independiente: el autodidactismo digital.

Hoy, fiel a mi experiencia, con el nacimiento de la Inteligencia Artificial (IA) como un “neo tipos móviles” —o tipos cuánticos, me atrevería a proponer—, con la posibilidad no sólo de reproducir conocimiento a gran escala sino de crear formación a gran escala, a disposición de cualquier persona con un celular e internet, esperaría que ante este potencial de progreso social el juicio popular promedio sea optimista —por qué no, hasta esperanzador. En cambio, como indígenas viendo llegar las tres carabelas, el miedo, la desconfianza y la incertidumbre nos poseen en cuerpo y alma.

Que la Inteligencia Artificial (IA) nos va a dejar sin trabajo a muchos. Que vamos a ser reemplazados por máquinas, o más específicamente, por un chat. Que los trabajos del no-tan-futuro van a requerir mucha más formación especializada. Incluso las voces más oportunistas, imprimen en la aparición de nuevos roles de trabajo directamente para IA, un apuro ansioso por no quedar afuera. Que la IA nos hará más vagos, más tontos, rudimentarios, chat-dependientes. Que la memoria, el razonamiento y otras funciones cognitivas podrían volverse igual de imprescindibles que un apéndice. Que estaremos rodeados de discursos correctos, pero sin alma.

Debo confesar, también imagino todo eso de vez en cuando. Pero hay una pregunta que pulsa en mi interior y persiste fuerte y orgullosa ante la inminencia de las tres carabelas: ¿quiénes? Quiénes plantean estas profecías, en quiénes creemos que impactará todo esto concretamente, a quiénes la IA les quitará el trabajo, y a quiénes podría dárselo, quiénes requerirán más especializaciones y para qué tipo de trabajos, quiénes se volverán más vagos y reproducirán discursos sin alma.

Todo esto me lleva a pensar no en los que temen perder un puesto de trabajo, un nicho de mercado, una necesidad que poder satisfacer con sus servicios, o los privilegios que una preparación académica previa les haya brindado. Pienso, sino, en aquellos que temen no saber cómo encontrar un trabajo, cómo encontrar su nicho de mercado, o no saber siquiera qué es un nicho de mercado y si alguna vez eso podría ser posible para ellos: los jóvenes.

Sí, especialmente aquellos jóvenes cuyas condiciones materiales nos les permitirían prepararse para “un buen trabajo”, que no tienen el tiempo tal vez para esperar uno porque la urgencia de llevar dinero a casa o poder salir de ella presiona más fuerte; aquellos que no tienen una guía, una referencia de progreso, un adulto formado que se tome el tiempo de escuchar sus inquietudes y particulares contextos, y mostrarles algunos de todos los caminos que están al alcance.

Pero no, no sólo ellos, también cabe pensar en los jóvenes que sí pueden costearse una educación superior formal, que sí tienen contención material y emocional para llevar adelante carreras, estudios o emprendimientos, que sí cuentan con referentes que además de guiarlos también pueden beneficiarlos con puestos de trabajo. Porque también sobre sus hombros reposa el estigma de la generación de perdida.

Que están perdidos. Que los jóvenes de hoy no tienen motivación, responsabilidad, ni saben qué quieren de la vida. Que no tienen ganas de trabajar, que sólo quieren jugar videojuegos o estar en redes, y fantasean con hacerse ricos y famosos con Youtube. Que la IA los llevará a la nulidad cultural total, a la radicalización de la ley del menor esfuerzo.

A lo mejor, estas voces, más que de los jóvenes y de la IA, hablen de las expectativas de otras generaciones moldeadas por un sistema laboral que separó durante décadas disfrute de trabajo, pasiones de estabilidad económica, arte de carreras prestigiosas, y el sacrificio: la piedra angular del mérito y faro de validación social;

quizás por eso no entiendan que para los jóvenes de hoy el sacrificio sea una opción, y que la IA con la velocidad de razonamiento de una civilización interplanetaria sin tiempo, quiebre con la fuerza de un rayo la moralidad del sacrificio.

¿Qué dirá de la IA un joven, el mayor de una familia de 5 hermanos con una mamá empleada doméstica, que consiguió un trabajo en el que se pedía manejo básico de excel y aunque nunca había aprendido a usarlo pudo decir que sí y resolver sus tareas administrativas con un chat?

¿Qué dirá de la IA una joven que empezó un emprendimiento de estética para pestañas, que no podía pagarse otro curso para aprender marketing, pero con un consultor experto en ventas digitales metido dentro de su celular disponible las 24/7 para guiarla, pudo difundirse, conseguir sus primeras clientas y tener por primera vez dinero creado por ella en sus manos?

¿Qué dirá de la IA una joven que se siente insegura, que cree que no le gusta nada, que no se identifica con nada de todas las áreas laborales que conoció hasta hoy, que tiene el autoestima raspada por las comparaciones con vidas perfectas en redes sociales y se siente menos que otras jóvenes por no saber qué quiere, qué estudiar, de qué podría trabajar... pero que un día conversando con la IA, le pidió que le hiciera un test de orientación vocacional, que la guiara en lo que podría ser para ella según su tipo de personalidad y descubrió talentos y cosas de sí misma que nunca había visto?

Decir que la IA nos alienará en la inutilidad y la vagancia podría significar una miopía empática, un recorte de un paisaje mucho mayor y más basto del que se percibe desde el miedo y la incertidumbre. Podría significar mirar el paisaje desde una sola ventana: la de aquellos que tuvieron el privilegio de terminar el secundario, conseguir un trabajo digno o estudiar una carrera, tener otras oportunidades de inserción laboral, incluso si al final no pudieron darse el permiso de trabajar en algo que realmente les llenara el alma.

Podría significar ignorar las posibilidades que la IA abre para un sector poblacional que viene siendo exigido sin estar en igualdad de condiciones materiales, y juzgado con parámetros de éxito y progreso aparentemente caducos o indecodificables para él; tal vez hasta insostenibles para almas audaces que vinieron a tomar todos los atajos que puedan sin pedir permiso ni disculpas al sacrificio ni a la linealidad del tiempo.

Muchos jóvenes de clase pobre, incluso jóvenes que tienen sus necesidades básicas satisfechas, necesitan dinero con urgencia para salir de situaciones agobiantes (en los mejores de los casos) en sus propias casas. Independizarse de abusos, de pobreza extrema, colaborar en sus casas, mudarse a viviendas dignas, salir de villas o barrios cargados de delincuencia y drogas, salir de vínculos abusivos que sostienen por dependencia económica.

Con la IA podrían hacerse de herramientas que les permitan insertarse en el mercado laboral, o bien crear sus propias fuentes de ingresos: herramientas informáticas administrativas que unos años secundario —por los motivos que fueran y no cabrían en esta reflexión— no les dejaron; guía de estudios, cursos enteros de oficios o prácticas remunerables, preparación técnica digital, programación, comunicación digital, planes completos de marketing y ventas, y más: infinitamente más. Pero también, una voz que acompaña, propone, incentiva, alienta, celebra, busca siempre soluciones y el lado positivo de las cosas, incondicionalmente. Si, como dice la famosa frase, “conocimiento es poder”<sup>1</sup>, la IA es dinero y oportunidades en manos de jóvenes con pocas esperanzas de progreso social.

Cabe la posibilidad de que estemos por primera vez frente a un puente de ascenso social que, mientras que durante mucho tiempo se requirió de capital material, cultural y simbólico para acceder, hoy requiera sólo lo que paradójicamente la mayoría de la población mundial ya tiene: un celular e internet.

Vamos a otorgarnos aquí el permiso de volver a mirar, esta vez con lentes de niños curiosos: ¿Qué tal que la llegada de la IA nos ayude a salir de ciclos eternos de desigualdad en el acceso a la formación y preparación laboral? Ciclos eternos de desmotivación en jóvenes que no pueden costearse una carrera, ni trasladarse para estudiar, o estudiar y trabajar a la vez. O ciclos eternos de trabajos alienantes, extractivistas, alejados de las motivaciones particulares de cada uno.

¿Qué tal que la IA pueda, en lugar de alienarnos más, cortar con ciclos eternos de cancelación y postergación de nuestros deseos creativos, y brindarnos el marco tecnológico y simbólico para crear nuevas fuerzas productivas<sup>2</sup> que transformen el paradigma laboral?

<sup>1</sup> La frase, en latín *scientia potestas est*, se encuentra en la obra de Francis Bacon, quien exploró la idea de que el conocimiento permite a la humanidad ejercer poder sobre la naturaleza. La referencia es: Bacon, F. (1597). *Meditationes Sacrae and Human Philosophy*.

<sup>2</sup> El concepto de "fuerzas productivas", que describe cómo la tecnología y la organización del trabajo impulsan el cambio histórico, fue acuñado por Karl Marx y es el pilar de su obra *El Capital* (1867).

La IA podría permitir que los jóvenes adapten el contexto laboral a sí mismos, adapten el mercado a ellos, y no que tengan que tratar de encastrarse cual eslabón a una cadena de producción, como elegir una carrera tradicional o tomar un trabajo que no los satisface, para amoldarse al mercado. Se abriría un espacio para

enfocarse en su componente humano, en su capital creativo. Un permiso latente en los jóvenes de preguntarse: ¿qué quiero, qué quiero hacer con mi tiempo, qué quiero crear, como tal vez nunca antes han tenido oportunidad de hacer generaciones anteriores.

¿Cómo sería un sistema laboral liderado por una generación que está más interesada en disfrutar que en trabajar, en reconciliar filosófica y tangiblemente ambas cosas?

¿Acaso la IA, en lugar de llegar para reemplazarnos, gobernarnos, deshumanizarnos, no podría llegar para servirnos y, con el tiempo que cosecha colapsando siglos de conocimientos en segundos, nos esté regalando espacio para lo propio, lo esencial, para el ser? El regalo del espacio para crear lo que nos pulsa por dentro, sin importar el estrato social en que hayas nacido, sin importar la edad que tengas.

Me gustaría que no fuera tan disparatado pensar, que aliada con nuestro libre albedrío, la IA haya llegado a nuestra historia no para quitarnos habilidades sino para darnos aún más libertad. En ese caso, tal vez la pregunta más edificante no sea si Inteligencia Artificial sí o no, sino ¿qué hacemos con nuestro tiempo y libertad de opciones ahora que una inteligencia artificial puede liberarnos de tareas que nos consumían tiempo y energía mental? ¿Cómo usamos esta tecnología para brotar oportunidades en sectores vulnerables? Tal vez el acto edificante esté en ver las posibilidades más que en seguir tironeando de las polaridades.

Con todo, lo que emerge es una democratización de la formación y preparación laboral que abre puertas al progreso social y a la vida: una verdadera democratización de las oportunidades.

Me impulso a decir democratización no sólo en términos de poner educación y herramientas de trabajo en más manos, sino de devolver a cada generación su libertad para crear sus propias fuerzas productivas, su capacidad para crear fuentes de ingresos por dentro o por fuera de lo considerado serio, prestigioso o rentable tradicionalmente.

Esto no se trata de desmerecer o desvalorizar los estudios académicos formales ni mucho menos. Esto se trata de ampliar opciones, de diversificar las formas de educación, de entrenamientos y preparación laboral, y sobre todo, de democratizar una salida al mundo laboral-productivo digna y rápida, pero también disfrutable y creativa.

Tampoco se trata de romantizar el impacto de la IA en nuestra sociedad y puntualmente en las juventudes. No busco descartar aquí todos los debates respecto al impacto que la IA también tiene y podrá tener en la forma en que producimos, consumimos y valoramos la cultura. Nos quedará pendiente debatir cómo nos guiaremos a nosotros mismos para fortalecer y fomentar el desarrollo de nuestra sensibilidad y creatividad, cómo nos nutriremos de cultura y contenidos enriquecedores sin caer en reduccionismos constantes, cómo resignificaremos y revalorizaremos la creación humana. Discutamos como sociedad cómo usarla responsablemente pero mientras, ¿por qué demonizar lo que también podría ser un benefactor de progreso social para muchos? ¿Por qué catalogar sólo de amenaza lo que a su vez, podría representar una herramienta de independencia laboral y económica que dignifique almas a velocidades sin precedentes?

Internet a mis 12 años me regaló la posibilidad de tomar contacto con otros tipos de vidas diferentes a la mía, me permitió ver aunque sea a la distancia y desde muy lejos, que otras formas de vidas existían y tal vez, sólo tal vez y con muchos sueños jóvenes de por medio, que también sea posible para mí otro destino diferente al que me rodeaba. Una puerta al progreso social. Una pequeña, holográfica y sutil, pero puerta al fin, hacia un destino propio.

Internet me hizo interesarme por lo que sucedía en otras partes del mundo. Me hizo interesarme por las nuevas formas de comunicación, por los espacios autogestionados, por la creatividad y el arte en sus miles de formas. Me mostró opciones que mi contexto social no tenía para mostrarme. Me inspiró.

Pero no conforme, me formó: con el paso de los años internet me dió gratuitamente herramientas para crear mi propio trabajo. Docenas de horas y horas de tutoriales en Youtube me enseñaron un oficio, a comunicar, a diseñar, a vender en medios digitales, a publicitar, y principalmente a generar ingresos con eso. Creé un negocio propio que fue mi fuente de ingresos, de independencia e identidad, durante muchos años.

Si eso lo pudimos lograr muchos, con tan variados y distantes orígenes socio-económicos, ¿qué podrán hacer las nuevas generaciones con la Inteligencia Artificial yendo y viniendo a lo largo de todos los saberes de la

humanidad en lo que dura un enter?

Se me acelera el corazón de pensar en las inmensas, tangibles y ambiciosas puertas que puede abrir la IA para una generación entera de jóvenes con sed de construir su propio destino.

## «Una puerta hacia un destino propio»

Giuliana Zapata  
Buenos Aires, Argentina

### MENCIÓN DE HONOR

Ganadora de Categoría - Ensayo libre de No - Ficción

IV Concurso Escritura Creativa UPE - 2025

*“El futuro de la inteligencia artificial: perspectivas críticas y proyecciones”*



UNIVERSIDAD  
PROVINCIAL  
DE EZEIZA



Universidad  
Pública  
Argentina